

Mujér de Bárro

Émma siémpre fué distínta, un álma perdída que sólo el árte podía comprendér. En su taller, léjos del bullício del múnido, moldeába arcílla con la devoción de quien búscá, sin esperánza, lo que núnca se puéde hallár. La arcílla no éra sólo bárro: éra úna extensión de su ser, algo que respondía a sus deséos más profúndos.

Úna tárde, vagándo por la ciudad, encontró ún comércio de materiáles artísticos que desconocía. En la entráda, un letréro susurrába: “Arcíllas de tiérras olvidádas.”

El áire olía a tierra húmeda, a raíces podridas. Úna mujer esquelética, con ojos de curiosidad y perspicácia, la observába en silencio.

—Búscas algo que no puédes comprendér, ¿verdád? —murmuró aquél espéctro andánte.

Émma no respondió. Sus dedos rozáron la bólsa de arcílla rója que la mujér le entregó, y en ése mométo, algo fluyó a través de su ser, como si la tierra misma hubiéra despertádo sensaciones especiáles en élla. La arcílla, cálida y vibránte, palpitába en sus pálmab abiértas.

—Sólo quienes han tocádo el deséo profúndo del bárro tiénen el privilegio de dárle fóрма a lo que no puéde ser explicádo.

Ésa nóche, en la quietúd de su taller, Émma abrió la bólsa. La arcílla éra cálida, como un suspiro, y úna energía irreprimíble empezó a invadírla. Sus mános, guiádas por algo más allá de su voluntád, comenzáron a modelár úna figúra masculína: líneas de fuérza, de belléza primitíva, cáda músculo esculpído con un deséo urgénte.

El róstro, las facciónés perféctas, la bóca... úna bóca deseáble, hambriénta. Un estremecimiéto recorrió su cuérpo miéntras sus extremidádes trazában ésos lábios, como si quisiéra probár lo que había creádo. En su ménte, un pensamiéto laténte: ¿qué pasaría si pudiéra dárle vída?

Al princípio, la creación parecía inérte, fría. Péro al rozár sus lábios de arcílla con los súyos, algo cambió. Un calór inténso la envolvió, como si el bárro, por fin, respondiéra a su contácto. La sensación se hizo ardiénte, vibránte, como úna corriénte eléctrica que recorría su colúmna vertebrál.

El beso no fue suave, no fue tierno. Fue urgente, voraz. La arcilla, que al principio se mostraba tan fría y dura, cedió bajo el ardor de su piel, presionando sus labios con una intensidad que la sorprendió. La efígie, que antes parecía sólo una obra, ahora evidenciaba una vitalidad independiente, y Emma no podía dejar de sucumbir a la fuerza de su toque.

Los dedos de barro, fríos y ásperos, comenzaron a recorrer su cuerpo con una suavidad perturbadora, tirando de su cintura, acercándola a la escultura. No era sólo una figura, no sólo barro: era una presencia, algo que tomaba forma a través de ella, algo que la reclamaba.

La estatua viviente la abrazó, la envolvió, y Emma, perdida entre el deseo y la fascinación, dejó que la arcilla la consumiera. Cada movimiento de sus manos parecía arrastrarla más cerca de la escultura, como si las barreras entre ambos, entre el creador y la creación, comenzaran a desdibujarse.

La arcilla ascendió por sus carnes, envolviendo sus piernas, cubriéndola lentamente, como si la absorbiera. Cada caricia de barro sobre su piel era un susurro energético, una promesa de algo más profundo. Su cuerpo se arqueaba como un violín. Los músculos tensos vibraban al ritmo de una melodía que sólo ella podía escuchar, mientras su piel brillaba con un resplandor sutil, reflejando la emoción en el aire. De pronto, se percató de que ya no podía distinguir entre lo que era ella y lo que era la escultura: se fundían en una sola entidad, un sólo anhelo, una sola existencia.

Cuando la arcilla alcanzó su cuello, su pecho, su respiración se aceleró aún más. Las manos de aquel material maleable la tocaban con una seguridad implacable. El calor era insoportable, pero ella ya no podía detener ese impulso.

Aquella personalidad sin latido parecía devorarla, pero no era sólo hambre lo que sentía. Era una conexión que trascendía lo físico, llevándola a un lugar donde ya no existían límites. Su cuerpo se disolvía en la sustancia moldeable, su alma se unía a su creación con la fuerza de un suspiro. Cada movimiento era un lazo entre lo tangible y lo intangible.

Finalmente, cuando el barro se enfrió, las dos figuras permanecieron inmóviles en el centro del taller, entrelazadas en un abrazo eterno,

fusionadas en una danza silenciosa de deseo imperecedero, como si el tiempo mismo se hubiera detenido en su unión.

Y es que el arte no sólo da forma: también devora, destruyendo lo real para dar vida a lo imposible.